

David Jiménez Torres

La palabra ambigua
Los intelectuales en España (1889-2019)

taurus



ÍNDICE

Introducción	11
CAPÍTULO 1. En el principio fue la ambigüedad (1889-1914)	21
1. Nacimiento de una palabra	23
2. Intentos de definición	30
3. Salud y género de los intelectuales	34
4. Variaciones sobre el antiintelectualismo	40
5. Geografía de los intelectuales	47
CAPÍTULO 2. La edad de oro (1914-1936)	53
1. La Gran Guerra de los intelectuales	56
2. El dictador antiintelectuales	62
3. Contra la dictadura	67
4. ¿La República de los intelectuales?	70
5. Fascismo e intelectualidad	76
6. Entonces, ¿qué es un intelectual? Coordenadas de un debate	78
7. Otras continuidades: varones, inferiores y entrecomillados	87
CAPÍTULO 3. Guerra, dictadura, exilio... diálogo y oposición (1936-1975)	97
1. Intelectuales de la anti-España	98
2. Intelectuales del pueblo y de la España peregrina	108

3. El largo camino: catolicismo y diálogo	117
4. Intelectuales antifranquistas	123
5. Una historia reanudada... ¿y terminada?	129
6. Continuidades, pese a todo.	133
CAPÍTULO 4. Dónde están los intelectuales	
(democráticos) (1975-1982).	137
1. Intelectuales de la democracia	138
2. En la televisión, contra la televisión	143
3. Compromiso y terrorismo	146
4. Nueva historia de los intelectuales	152
5. Nueva pluralidad, vieja ambigüedad	155
CAPÍTULO 5. ¿La muerte del intelectual?	
(1982-2008).	159
1. Crisis, decadencia y muerte del intelectual	163
2. Panorámica del ocaso	171
3. La hora de <i>las intelectuales</i>	177
4. ¿De izquierdas o de derechas?	181
5. Se muere y aún no sabemos qué es	185
CAPÍTULO 6. No estaban muertos, estaban	
traicionando (2008-2019)	189
1. Intelectuales, nación y <i>procés</i>	190
2. Crisis económica, corrupción y ¿silencio?	193
3. Las mismas dudas, los mismos intelectuales	202
Conclusión	207
Agradecimientos	215
Notas	217
Bibliografía	265
Índice alfabético	269

INTRODUCCIÓN

¿Quién de nosotros, los que escribimos para el público, no ha usado, no ya una sino muchas veces, en estos últimos tiempos el sustantivo *intelectual*? [...] Y la verdad es que si se nos pidiera a cuantos nos hemos servido de semejante denominación, el que la definiéramos, nos habríamos de ver, los más de nosotros, en un gran aprieto.

MIGUEL DE UNAMUNO, 1905¹

En Alemania y en Inglaterra [...] eran ya socialistas casi todos los ciudadanos cultos o —digamos la palabra ambigua— casi todos los intelectuales.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, 1908²

Yo es que he pensado que a mí también me interesaría ser intelectual. Como no tengo nada que perder...

Amanece, que no es poco,
dir. JOSÉ LUIS CUERDA, 1989

¿Qué espera un lector de un libro sobre *los intelectuales*? Quizá un resumen de las obras de algunos autores influyentes, especialmente si se distinguieron por algún esfuerzo de abstracción. O quizá espere semblanzas de personajes vinculados a la cultura, la universidad o el periodismo —o los tres a la vez—. Quizá, también, espere una descripción de los círculos sociales en los que se movieron, o del

contexto histórico que marcó sus experiencias. Puede que el lector espere, además, una exposición de sus itinerarios sentimentales, y de cómo trataron a sus parejas, a sus amigos y a sus enemigos. Quizá espere incluso cierta ejemplaridad en los casos elegidos, la demostración de que algunos personajes han arriesgado mucho a causa de un hondo compromiso moral. O quizá espere todo lo contrario: una denuncia de comportamientos hipócritas, frívolos y cobardes. Puede que espere, también, una explicación de por qué los especímenes más acabados de esta especie surgieron en unos países y no en otros. Y seguramente espera, por último, un diagnóstico acerca de por qué estas figuras ya no exhiben la pureza química de otros tiempos. Por qué, incluso, se hallan en peligro de extinción.

Estas son expectativas razonables, pero conviene ser claro desde el comienzo: el lector encontrará muy poco de todo ello en este libro. Este no es un estudio sobre unos individuos concretos, ni sobre los espacios y grupos que frecuentaron, ni sobre las ideas que propusieron, ni sobre su apoyo a —o denuncia de— determinados regímenes. Este libro se centra, más bien, en el largo y sorprendente viaje de una palabra: *intelectual*, en su uso como sustantivo. Una palabra cuya acepción moderna tiene unos ciento treinta años de historia y que, a lo largo de ese tiempo, ha ejercido una singular atracción. El objetivo es mostrar cómo se ha utilizado esa palabra en España, qué sentidos se le ha ido otorgando, en qué debates ha aparecido y qué nos enseña todo ello acerca de nuestra historia y nuestra cultura. Se busca explicar, por ejemplo, por qué tantas personas hoy en día tienen una idea formada acerca de *los intelectuales*, por qué esa idea suele tener una fuerte carga de atracción o de rechazo, y por qué suele estar ligada a episodios de nuestra historia como la Segunda República o la Guerra Civil.

Existen varios motivos para adoptar esta perspectiva. El primero es que los trabajos sobre los intelectuales siempre han debido enfrentarse a un problema: cómo definir su propio objeto de estudio. La polisemia de la palabra *intelectual* sigue dificultando saber de qué hablamos cuando hablamos de intelectuales. Sobre esto ha insistido el investigador británico Stefan Collini, quien propuso en su libro *Absent Minds* muchas de las reflexiones que guían este trabajo. Collini señala que, históricamente, el sustantivo *intelectual* se ha usado para denotar tres conceptos muy diferentes.³ Por un lado estaría el *sentido sociológico*: la palabra hace referencia a alguien cuya ocupación principal tiene que ver con la intelección y el conocimiento, y que debido a ello tiene un nivel educativo superior a la media. En segundo lugar estaría el *sentido subjetivo*: intelectual sería quien siente interés por las ideas y por la cultura, independientemente de que esto tenga o no que ver con su profesión. El tercer sentido sería el *sentido cultural*, y se refiere a aquellos individuos que «poseen algún tipo de “autoridad cultural”, esto es, que utilizan una posición o unos logros intelectuales reconocidos a la hora de dirigirse a un público más amplio que el de su especialidad».⁴

Estos sentidos no son solo distintos entre sí; también pueden ser mutuamente excluyentes. Un ingeniero que solo estuviera interesado en las cuestiones relacionadas con su trabajo, por ejemplo, podría ser considerado un intelectual en el sentido sociológico, pero tendría un encaje más difícil en el sentido subjetivo. Por el contrario, un barrendero que dedicase su tiempo libre a ver películas de la *nouvelle vague* y a releer *Finnegan's Wake* sería considerado un intelectual en el sentido subjetivo («este es un intelectual»), mas no en el sociológico. Por último, es poco probable que ni este ingeniero ni este barrendero fuesen considerados intelectuales en el sentido cultural. Esto solo